

# La Tejedora

¡Qué oscuro está! No veo nada. Ni las estrellas. ¿Estaré dormida? Claro, debe ser eso. Estoy dormida, con los ojos cerrados. Por eso está todo negro. Me acuerdo que alguien me dijo que se podía descansar con los ojos abiertos, pero no recuerdo quién lo dijo. ¡Qué tonta soy! ¿Cómo se me pueden olvidar estas cosas? A ver, recuerda...

Nada, no me acuerdo. Esto es muy raro, ¿verdad? Alguien me dijo algo y no sé quién fue. Creo que era alguien... alguien bueno. Yo... lo quería mucho. ¿Qué haces, tonta? ¿Por qué te pones tan triste? ¿No lo sabes? ¿No sabes ni por qué lloras? Bueno, llorar no es malo, ¿no? Es bonito. A lo mejor lloro de alegría. Es como cantar. Además, es mejor que cantar, porque las lágrimas tienen agua y en el agua hay música. Todos lo saben. Los mayores la escuchan a menudo. La música del agua... Recuerdo un arroyo que cantaba y yo bailaba, bailaba bajo el Cazador y la Doncella, y me reía con la cascada de plata. Sí, nos reíamos juntas, las dos, y yo giraba, giraba, con los brazos abiertos hasta que me dejaba caer sobre la hierba verde y húmeda y el corazón me latía muy alegre, como un petirrojo que quería volar. Tumbada en la hierba podía ver el cielo entre los árboles. Y la luz que pasaba entre las hojas, tintineando. ¿Tiene música la luz, también? ¿Y la música, tiene luz? ¿Mmm?

¡Qué preguntas haces! Todo tiene música. Todo salió de la Música. Claro.

Fíjate, ya no lloras. Supongo que llorar con los ojos cerrados es un poco bobo. Podría abrirlos y así sabría dónde me encuentro. ¡Espera! Tengo otra idea. Jugaré a saber dónde estoy. Será un juego nuevo. Lo inventaré yo. A ver, una poesía. Todos los juegos tienen una poesía. Estoy, mm... rima con... ¡hoy! ¡Eso es!

*A ver si adivino  
dónde estoy,  
no es para mañana,  
es para hoy.  
A ver si adivino  
dónde estoy,  
no es para mañana.*

*¡Es para hoy!*

Es para hoy. Junto al arroyo, ¡estoy! No, porque oiría el agua. En la cascada ¿estoy? No, por la misma razón. ¿Bajo el roble alto estoy? No creo. ¿Dónde está el viento entre las ramas? ¿Y los pájaros? ¿Y las abejas? Entonces, en una cueva fría y oscura ¿estoy? Brrr, espero que no. Pero mi espalda está sobre algo firme. ¿Mi cama? ¿Mi casa?

¿Cómo era ni casa? ¿Por qué no me acuerdo? ¿Dónde estoy? Ya no me gusta este juego. Abro los ojos, ya.

¡Qué sala tan hermosa! Parece de mármol gris. Es muy amplia. Mi voz retumba con suavidad, como si a las paredes les gustara oírme. ¡Qué alto está el techo! ¡Cuántos tapices! ¿Y yo? ¿Qué es esto? Estoy hecha de colores. ¡De colores! Mi mano es azul, azul. Mi pierna es roja, y naranja y verde... cuando me muevo los colores se desplazan. Soy como un vestido de retales. Ja, ja... de colooores... de colooooores... ja, ja, ja...

Ah, claro, es la luz que entra por aquella ventana tan elevada: atraviesa unos cristales abigarrados. Es una buena idea. Y yo estoy aquí, sobre esta mesa de piedra. Al menos han puesto una manta sobre la mesa. ¡Qué suave y mullida es esta manta! ¿De qué estará hecha? Parece uno de esos mantos que hacen las reinas para los héroes. ¿Estaré en el palacio de la reina Melian, en las Mil Cavernas? Seguro que sí. Sí, mira esos tapices. Nunca he visto ninguno tan magnífico. Son fantásticos. Tiene que haberlos hecho una gran tejedora, como la reina Melian. A lo mejor, ella me enseña a tejer así. Son estupendos. Cada uno cuenta una historia, o una parte de una historia, parece. Aquí hay mucha gente viajando bajo las estrellas... y las estrellas son una mujer. Claro, es la Reina de las Estrellas. Y aquí, el Gran Mar. Una isla y el Oeste lejano. Debe ser una historia muy antigua. Y hay más. Podría estarme años sin fin aquí, se está bien, no tengo hambre ni sed y me siento segura...

Espera, oigo pasos. Suaves, tranquilos. Vienen de aquel pasillo. Veamos. No hagas ruido, tonta. Aquí, tras esta columna. Hay muchísimas columnas, es como esconderse en un bosque. ¿Quién será? Ahí viene.

Oh, qué hermosa es. Y viste como una princesa. Tiene el cabello negro, como yo, pero mucho más largo. Me gustaría tener un pelo así. Seguro que puede hacerse unas trenzas

hasta el suelo. Si no lo llevara recogido... ¿Será... será la princesa Lúthien? Seguro que sí. Como en el cuento del Silmaril. ¿Qué pasaba en el cuento? Sólo lo conozco hasta que el Rey Mantogrís manda a Beren a recuperar las Joyas. ¿Me lo contaron todo? Otra vez igual, no me acuerdo. Oh, vaya, se ha parado.

- Por favor, sal para que pueda verte. ¿Por qué te escondes? Aquí nada malo puede suceder.

Me ha descubierto. Tendré que salir Espero que no me regañe. Di algo, venga.

- Hola.

No, no está enfadada. Está sonriéndome, pero parece muy triste. ¿Será que en este palacio estamos todos tristes?

- Bien hallada, pequeña. ¿Quién eres?

¿Quién soy? ¿Cómo me llamo? No lo había pensado. No sé quién soy ni dónde estoy. Se lo diré, le diré que estoy perdida.

- Non vanwa.

- Entonces te llamaré Vanwa.

Venga, tonta, pregúntale.

- Eres muy bonita. ¿Eres la princesa Lúthien? ¿Te encuentras con Beren al final del cuento?

- La princesa Lúthien se encuentra con Beren, sí, y viven juntos muchos años, si bien la historia completa nadie la conoce. Pero yo no soy Lúthien ni soy tan hermosa como ella aunque tú me halagues.

- Entonces, ¿quién eres?

- Desde hace mucho me llamo Joya Destelleante. Puedes llamarme así.

- Es muy bonito. Mucho mejor que llamarse Perdida.

- Sin embargo, ése es un nombre adecuado para ti. Vanwa.

- No sé.

- ¿Qué haces aquí?

- Tenía los ojos cerrados, y no sabía dónde estaba, y recordaba algunas cosas, como el arroyo y la cascada, pero otras se me han olvidado y no me acuerdo de alguien a quien quería y me daban ganas de llorar. Pero abrí los ojos y vi la sala y que yo era de colores, aunque no era de verdad, porque sólo las ventanas eran de colores. Y también vi los tapices, que me gustan mucho y pensé estos tapices los ha hecho la reina Melian, y los estaba viendo cuando te oí y me escondí tras la columna. Y no sé nada más.

- Ya veo. ¿Quieres venir conmigo, Vanwa?

- ¿A dónde vamos?

- A ver a la Tejedora de esos tapices.

- Entonces, ¿veré a la reina Melian? Eso es casi tan bueno como ver a la princesa Lúthien.

- La Tejedora es una Reina, Vanwa, pero no es Melian. Es la Tejedora y todos los tapices de esta casa los ha hecho ella. Ella enseñó a tejer a Melian cuando Arda era joven y lo que ella teje queda así atado, porque es tan hábil que una vez cruzados los hilos ya no puede deshacerse el dibujo y ninguna tela que ella hace puede deshilacharse.

- Si enseñó a la Reina Melian, que es muy anciana y sale en los cuentos, esta Reina Tejedora tiene que ser muy viejísima, ¿verdad, Joya Destelleante?

- Sí, niña, es muy viejísima.

Me gusta Joya Destelleante. Me da igual que no sea Lúthien. Es muy buena y sabia. Cuando me habla sonrío. Pero tiene unos ojos tristes. No sé si preguntarle por qué está triste. A lo mejor se pone más triste aún. No la quiero hacer sufrir. ¿Tendrá hijos? A lo mejor, sí. Creo que me gustaría que mi mamá fuera como ella, pero no me acuerdo de mamá, no me acuerdo de nada. ¿Quiénes son mis padres?

- Joya Destelleante.

- ¿Sí, Vanwa?

- ¿Eres mi mamá?

- No, pequeña estrella, no soy tu mamá.

- ¿Eres mamá de alguien?

¡Tonta! La has puesto triste. Hasta hemos dejado de caminar. No soporto que me mire así. Tenías que haberte callado.

- Tengo un hijo. Vive aquí, pero no podrás verlo. Además... es muy mayor, no querrá jugar contigo. Vamos, Vanwa. Ya llegamos.

Menos mal. Así no haré más preguntas. Puedo hacer daño a la gente mayor. Ahora veré a la Reina Tejedora y me estaré callada y sólo responderé cuando me pregunten. Eso haré. Allí hay alguien. Está de espaldas a nosotras, en ese telar tan grande de color blanco. El telar es enorme. La lanzadora vuela de un lado a otro, de un lado a otro... ¿Cómo puede recorrer tanta distancia sin perder fuerza? Y, ¡oh!, la rueca... la rueca se mueve sola. Y el huso gira y gira, como si lo movieran manos invisibles. ¿Será magia? Debe ser eso, es el telar mágico de la Reina. Ella está ahí, sola, sin damas que la acompañen hilando. Nos ha oído, pero no se da la vuelta, Joya Destelleante me lleva de la mano. Juntas rodeamos el telar. La sala es grande, de color gris. Hay mucha luz, suave, como de algodón. Casi se puede tocar. Casi se puede oír. ¡Qué bien se está aquí! La Reina Tejedora nos está mirando, sus dedos se mueven ágiles.

- Mi señora, he encontrado a esta niña en la Columnata. No recuerda su nombre ni cómo llegó. Tampoco recuerda a su familia, pero yo creo que es del pueblo de Elwë, porque conoce los nombres de Lúthien y Beren y de Melyanna, vuestra bienamada. Le he dado por nombre Vanwa.

La Reina es aún más hermosa que Joya Destelleante. Su cabello es fino y castaño. Su manto es como el rocío en las telarañas del bosque. Y qué ojos tiene. Son grises, como las nubes, como el cielo y la lluvia, y profundos como una noche de estrellas. Y sus manos... casi no puedo verlas. Son tan rápidas... se mueven solas sobre el telar de madera blanca y el tapiz se dibuja ante mis ojos como si estuviera vivo. Veo barcos ardiendo, y unas casitas sencillas entre los juncos, en llamas. Y hay gente que corre. Y Elfos que matan a Elfos. No quiero ver ese tapiz horrible. Sólo quiero ver a la Reina, sólo a ella.

- Has hecho bien en traer a la niña, Míriel. Mi esposo la estaba buscando. Sabe, pequeña Vanwa, que ahora ésta será tu casa, por un tiempo al menos, hasta que recuperes la

memoria. Luego podrás decidir si quieres quedarte aquí o marchar a otro lugar, según desee tu corazón.

- Señora Reina, mi corazón sólo desea quedarse con vos y con Joya Destelleante. ¿Podrías enseñarme a tejer? Yo os ayudaría. Haríamos muchos tapices que contarán historias de héroes, y reinos, y campos verdes, y barcos blancos en el mar...

Por favor, por favor, por favor... La Reina brilla como una estrella cuando sonrío... ¿Será que sí? Por favor, que diga que sí.

- Niña, si tú quieres, aprenderás el arte de las tejedoras. Pero no podrás ayudarme en mi trabajo, porque los tapices de estos salones sólo la Reina los puede hacer. Únicamente mi mano puede tocar este telar. El tejido de la Reina, ninguna doncella lo ha hilado: la rueca de mis salones, se mueve con el suspiro del tiempo. Y tú tienes que irte ya, pequeña, a donde te está reservado. Mira, aquí está mi esposo que ha venido a recogerte.

¿Quién? Ese hombre... Es alto y oscuro... Qué serio parece. ¿Habrá reído alguna vez? A lo mejor es que no sabe. Me tiende la mano. Yo no quiero ir con él, pero si lloro y protesto pensarán que soy una boba. Además, aquí no puede pasar nada malo, ¿no es verdad? Y la Reina dice que la volveré a ver. Le doy la mano. Qué fría la tiene.

- Soy Vanwa. ¿Cuál es vuestro nombre, señor?

- Mi esposo se llama Námó. Es el Señor de las Estancias. Nunca habla excepto cuando se reúnen los Poderes en el cónclave. Él te cuidará. Ve ahora con él, no tengas ningún miedo, pequeña.

El Rey Námó y yo nos alejamos de la Sala del Telar. Aún oigo a mi espalda la rueca que gira en un suave murmullo. La Reina pregunta algo a Joya Destelleante.

- Mi señora Vairë, casi todos los Refugiados del Sirion moran ahora en estas estancias, y también Amrod y Amras, los hijos de mi hijo. ¿Qué esperanza les queda ahora a los Eldar en la Tierra Media?

En el tapiz de la Reina, una estrella blanca con forma de ave desciende sobre un barco de plata. La tierra se asoma más allá de las aguas. Un monte se eleva hasta el cielo. A sus pies, se extienden las playas del Reino Bendito. Las manos se mueven, las hebras se entrecruzan. En la proa del navío sonríe un marinero.

Pablo Ginés Rodríguez - Azaghâl